

mejante.» «Eso, dijo Juliano entonces, dejando á Marcelo, nos dad mas á entender.» Y Marcelo, callando un poco, respondió luego desta manera: «Quedara muy entendido si yo, Juliano, hiciere ahora clara la verdad de dos cosas: la primera, que para que se diga con verdad que dos cosas son una misma basta que sean muy semejantes entre sí; la segunda, que la carne de Cristo, tocando á la carne del que le recibe dignamente en el Sacramento, por medio de la gracia que produce en el alma hace en cierta manera semejante nuestra carne á la suya. Si vos probais eso, Marcelo, respondió Juliano, no quedará lugar de dudar; porque, si una grande semejanza es bastante para que se digan ser unos los que son dos, y si la carne de Cristo, tocando á la nuestra, la asemeja mucho á sí misma, clara cosa es que se puede decir con verdad que por medio deste tocamiento venimos á ser con él un cuerpo y una carne. Y á lo que á mí me parece, Marcelo, en la primera desas dos cosas propuestas no teneis mucho que trabajar ni probar; porque cosa razonable y conveniente parece que lo muy semejante se llame uno mismo, y así lo solemos decir.»

«Es conveniente, respondió Marcelo, y conforme á razon, y recibido en el uso comun de los que bien sienten y hablan. De dos, cuando mucho se aman, ¿por ventura no decimos que son uno mismo, y no por mas de porque se conforman en la voluntad y querer? Luego si nuestra carne se despojare de sus cualidades, y se vistiere de las condiciones de la carne de Cristo, serán como una ella y la carne de Cristo, y demás de muchas otras razones, será tambien por esta razon carne de Cristo la nuestra, y como parte de su cuerpo y parte muy ayuntada con él. De un hierro muy encendido decimos que es fuego, no porque en substancia lo sea, sino porque en las cualidades, en el ardor, en el encendimiento, en la calor y en los efectos lo es; pues así para que nuestro cuerpo se diga cuerpo de Cristo, aunque no sea una substancia misma con él, bien le debe bastar el estar acondicionado como él. Y para traer á comparacion lo que mas vecino es y mas semejante, ¿no dice á boca llena san Pablo (a) que el que se ayunta con Dios se hace un espíritu con él? Y ¿no es cosa cierta que el ayuntarse con Dios el hombre no es otra cosa sino recibir en su alma la virtud de la gracia, que, como ya tenemos dicho otras veces, es una cualidad celestial, que, puesta en el alma, pone en ella mucho de las condiciones de Dios y la figura muy á su semejanza? Pues si al espíritu de Dios y al nuestro espíritu los dice ser uno el predicador de las gentes, por la semejanza suya que hace en el nuestro el de Dios, bien bastará para que se digan nuestra carne y la carne de Cristo ser una carne, el tener la nuestra (si lo tuviere) algo de lo que es propio y natural á la carne de Cristo.

«Son un cuerpo de república y de pueblo mil hombres en linaje extraños, en condiciones diversos, en oficios diferentes, y en voluntades é intentos contrarios entre sí mismos, porque los ciñe un muro y porque los gobierna una ley; y dos carnes tan juntas, que traspasa por medio de la gracia mucho de su virtud y de su

(a) 1. Corint., 6, v. 17.

propiedad la una en la otra, y cuasi la embebe en sí misma, ¿no serán dichas ser una? Y si en esto no hay que probar, por ser manifiesto, como, Juliano, decís, ¿cómo puede ser obscuro ó dudoso lo segundo que propuse, y que despues de aquesto se sigue? Un guante oloroso traído por un breve tiempo en la mano, pone su buen olor en ella, y apartado della, lo deja allí puesto; y la carne de Cristo virtuosísima y eficazísima, estando ayuntada con nuestro cuerpo y hinchando de gracia nuestra alma, ¿no comunicará su virtud á nuestra carne? ¿Qué cuerpo estando junto á otro cuerpo no le comunica sus condiciones? Este aire fresco que ahora nos toca nos refresca, y poco antes de ahora, cuando estaba encendido, nos comunicaba su calor y encendía. Y no quiero decir que esta es obra de naturaleza, ni digo que es virtud que naturalmente obra la que acondiciona nuestro cuerpo y le asemeja al cuerpo de Cristo, porque si fuese así, siempre y con todos aquellos á quien tocarse sucedería lo mismo; mas no es con todos así, como parece en aquellos que le reciben indignos. En los cuales el pasar atrevidamente á sus pechos sucios el cuerpo santísimo de Jesucristo, demás de los daños del alma, les es causa en el cuerpo de malos accidentes y de enfermedades, y á las veces de muerte, como claramente nos lo enseña san Pablo.

«Así que, no es obra de naturaleza aquesta, mas es muy conforme á ella y á lo que naturalmente acontece á los cuerpos cuando entre sí mismos se ayuntan. Y si por entrar la carne de Cristo en el pecho no limpio ni convenientemente dispuesto, como ahora decía, justamente se le destempla la salud corporal á quien así le recibe, cuando por el contrario estuviere bien dispuesto el que le recibiere, ¿cómo no será justo que con maravillosa virtud no solo le santifique el alma, mas tambien con la abundancia de la gracia que en ella pone le apure el cuerpo y le avecine á sí mismo todo cuanto pudiere? Que no es mas inclinado al daño que al bien el que es la misma bondad, ni el bien hacer le es dificultoso al que con el querer solo lo hace. Y no solamente es conforme á lo que la naturaleza acostumbra, mas es muy conveniente y muy debido á lo que piden nuestras necesidades. ¿No decíamos esta mañana que el soplo de la serpiente y aquel manjar vedado y comido nos desconcertó el alma y nos emponzoñó el cuerpo? Luego convino que este manjar, que se ordenó contra aquel, pusiese no solamente justicia en el alma, sino tambien por medio della santidad y pureza celestial en la carne; pureza digo, que resistiese á la ponzoña primera, y la desarraigase poco á poco del cuerpo. ¿Cómo dice san Pablo?—Así como en Adán murieron todos, así cobraron vida en Jesucristo.— En Adán hubo daño de carne y de espíritu, y hubo inspiracion del demonio espiritual para el alma y manjar corporal para el cuerpo. Pues si la vida se contrapone á la muerte, y el remedio ha de ir por las pisadas del daño, necesario es que Cristo en ambas á dos cosas produzga salud y vida, en el alma con su espíritu, y en la carne ayuntando á ella su cuerpo. Aquella manzana, pasada al estómago, así destempló el cuerpo, que luego se descubrieron en él mil malas cualidades mas ardientes que el fuego; esta carne santa, allegada debidamente

á la nuestra por virtud de su gracia produzga en ella frescor y templanza. Aquel fruto atosigó nuestro cuerpo, con que viene á la muerte; esta carne comida enriquezcanos así con su gracia, que aun descienda su tesoro á la carne, que la apure y le dé vida y la resucite.

«Bien dice acerca desto san Gregorio Niseno:—Así como en aquellos que han bebido ponzoña, y que amatan su fuerza mortífera con algun remedio contrario, conviene que, conforme á como hizo el veneno, asimismo la medicina penetre por las entrañas, para que se derrame por todo el cuerpo el remedio; así nos conviene hacer á nosotros, que pues comimos la ponzoña que nos desata, recibamos la medicina que nos repara, para que con la virtud desta desechemos el veneno de aquella. Mas esta medicina ¿cuál es? Ninguna otra sino aquel santo cuerpo que sobrepujo á la muerte y nos fué causa de vida. Porque, así como un poco de levadura, como dice el Apóstol, asemeja á sí á toda la masa, así aquel cuerpo á quien Dios dotó de inmortalidad, entrando en el nuestro, le traspasa en sí todo y le muda. Y así como el ponzoñoso, con lo saludable mezclado, hace á lo saludable dañoso, así al contrario, este cuerpo inmortal á aquel de quien es recibido le vuelve semejantemente inmortal.—Esto dice Niseno. Mas entre todos san Cirilo lo dice muy bien:—No podía, dice, este cuerpo corruptible traspasarse por otra manera á la inmortalidad y á la vida, sino siendo ayuntado á aquel cuerpo á quien es como suyo el vivir. Y si á mí no me crees, da fe á Cristo, que dice: Sin duda os digo que si no comiéredes la carne del Hijo del hombre, y si no bebiéredes su sangre, no tendréis vida en vosotros. Que el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el postrero día. Bien oís cuán abiertamente te dice que no tendrás vida si no comes su carne y si no bebes su sangre. No la tendréis, dice, en vosotros; esto es, dentro de vuestro cuerpo no la tendréis. Mas ¿á quién no tendréis? á la vida. Vida llama convenientemente á su carne de vida, porque ella es la que en el día último nos ha de resucitar. Y deciros he cómo. Esta carne viva, por ser carne del Verbo unigénito, posee la vida, y así no la puede vencer el morir; por donde, si se junta á la nuestra, alanza de nosotros la muerte; porque nunca se aparta de su carne el Hijo de Dios. Y porque está junto y es como uno con ella, por eso dice: Y yo le resucitaré en el día postrero.—Y en otro lugar el mismo doctor dice así:—Es de advertir que el agua, aunque es de su naturaleza muy fria, sobreviniéndole el fuego, olvidada de su frialdad natural, no cabe en sí de calor. Pues nosotros, por la misma manera, dado que por la naturaleza de nuestra carne somos mortales, participando de aquella vida que nos retira de nuestra natural flaqueza, tornamos á vivir por su virtud propia della; porque convino que no solamente el alma alcanzase la vida por comunicársele el Espíritu Santo, mas que tambien este cuerpo toscó y terreno fuese hecho inmortal con el gusto de su metal, y con el tacto dello y con el mantenimiento. Pues como la carne del Salvador es carne vivifica, por razon de estar ayuntada al Verbo, que es vida por naturaleza, por eso cuando la

comemos tenemos vida en nosotros, porque estamos unidos con aquello que está hecho vida. Y por esta causa Cristo, cuando resucitaba á los muertos, no solamente usaba de palabra y de mando como Dios, mas algunas veces les aplicaba á su carne, como juntamente obradora, para mostrar con el hecho que tambien su carne, por ser suya y por estar ayuntada con él, tenia virtud de dar vida.—Esto es de Cirilo.

«Así que, la mala disposicion que puso en nosotros el primero manjar nos obliga á decir que el cuerpo de Cristo, que es su contrario, es causa que haya en el nuestro, por secreta y maravillosa virtud, nueva pureza y nueva vida; y lo mismo podemos ver si ponemos los ojos en lo que se puso por blanco Cristo en cuanto hizo, que es declararnos su amor por todas las maneras posibles. Porque el amor, como platicábadis ahora, Juliano y Sabino, es unidad, ó todo su oficio es hacer unidad, y cuanto es mayor y mejor la unidad, tanto es mayor y mas excelente el amor; por donde, cuanto por mas particulares maneras fueren en uno mismo dos entre sí, tanto sin duda ninguna se tendrán mas amor. Pues si en nosotros hay carne y espíritu, y si con el espíritu ayunta el suyo Cristo por tantas maneras, poniendo en él su semejanza y comunicándole su vigor y derramando por él su espíritu mismo, ¿no os parecerá, Juliano, forzoso el decir, ó que hay falta en su amor para con nosotros, ó que ayunta tan bien su cuerpo con el nuestro cuanto es posible ayuntarse dos cuerpos? Mas ¿quién se atreverá á poner mengua en su amor en esta parte, el cual por todas las demás partes es sobre todo encarecimiento extremado? Porque pregunto, ¿ó no le es posible á Dios hacer esta union, ó hecha, no declara ni engrandece su amor, ó no se precia Dios de engrandecerle? Claro es que es posible, y manifiesto que añade quilates, y notorio y sin duda que se precia Dios de ser en todo lo que hace perfecto. Pues si esto es cierto, ¿cómo puede ser dudoso, si liace Dios lo que puede ser hecho y lo que importa que se haga para el fin que pretende? El mismo Cristo dice, rogando á su Padre (a):—Señor, quiero que yo y los míos seamos una misma cosa, así como yo soy una misma cosa contigo.—No son una misma cosa el Padre y el Hijo solamente porque se quieren bien entre sí, ni solo porque son, así en voluntades como en juicios conformes, sino tambien porque son una misma substancia, de manera que el Padre vive en el Hijo, y el Hijo vive por el Padre, y es un mismo ser y vivir el de entrambos.

«Pues así, para que la semejanza sea perfecta cuanto ser puede, conviene sin duda que á nosotros los fieles entre nosotros, y á cada uno de nosotros con Cristo, no solamente nos añude y haga uno la caridad que el espíritu en nuestros corazones derrama, sino que tambien en la manera del ser, así en la del cuerpo como en la manera del alma, seamos todos uno, cuanto es hacedero y posible; y conviene que, siendo muchos en personas, como de hecho lo somos, empero por razon de que mora en nuestras almas un espíritu mismo y por razon que nos mantiene un individuo y solo manjar, seamos todos uno en un espíritu y en un cuerpo

(a) Joan., 17, v. 22.

divino; los cuales espíritu y cuerpo divino, ayuntándose estrechamente con nuestros propios cuerpos y espíritus, los cualifiquen y los acondicionen á todos de una misma manera, y á todos de aquella condicion y manera que le es propia á aquel divino cuerpo y espíritu, que es la mayor unidad que se puede hacer ó pensar en cosas tan apartadas de suyo. De manera que, como una nube en quien ha lanzado la fuerza de su claridad y de sus rayos el sol, llena de luz y, si aquesta palabra aquí se permite, en luz empapada, por donde quiera que se mire es un sol; así, ayuntando Cristo, no solamente su virtud y su luz, sino su mismo espíritu y su mismo cuerpo con los fieles y justos, y como mezclando en cierta manera su alma con la suya dellos, y con el cuerpo dellos su cuerpo, en la forma que he dicho, les brota Cristo y les sale afuera por los ojos y por la boca y por los sentidos, y sus figuras todas y sus semblantes y sus movimientos son Cristo, que los ocupa así á todos, y se enseorea dellos tan íntimamente, que, sin destruirles ó corromperles su ser, no se verá en ellos en el último día ni se descubrirá otro ser mas del suyo, y un mismo ser en todos; por lo cual, así él como ellos, sin dejar de ser él y ellos, serán un él y uno mismo.

»Grande nudo es aqueste, Sabino, y lazo de unidad tan estrecho, que en ninguna cosa de las que, ó la naturaleza ha compuesto ó el arte inventado las partes diversas que tiene, se juntaron jamás con juntura tan delicada ó que así huyese la vista, como es esta juntura; y cierto, es ayuntamiento de matrimonio tanto mayor y mejor, cuanto se celebra por modo mas uno y mas limpio, y la ventaja que hace al matrimonio ó desposorio de la carne en limpieza, esa ó mucho mayor ventaja le hace en unidad y estrechez; que allí se inficionan los cuerpos, y aquí se deifica el alma y la carne; allí se aficionan las voluntades, aquí todo es una voluntad y un querer; allí adquieren derecho el uno sobre el cuerpo del otro, aquí, sin destruir su substancia, convierte en su cuerpo, en la manera que he dicho, el esposo Cristo á su esposa; allí se yerra de ordinario, aquí se acierta siempre; allí de continuo hay solicitud y cuidado, enemigo de la conformidad y unidad, aquí seguridad y reposo ayudador y favorecedor de aquello que es uno; allí se ayuntan para sacar á luz á otro tercero, aquí por un ayuntamiento se camina á otro, y el fruto de aquesta unidad es afinarse en ser uno, y el abrazarse es para mas abrazarse; allí el contento es aguado y el deleite breve y de bajo metal, aquí lo uno y lo otro tan grande, que baña el cuerpo y el alma; tan noble, que es gloria; tan puro, que ni antes le precede ni despues se le sigue, ni con él jamás se mezcla ó se ayunta el dolor. Del cual deleite, pues habemos dicho ya del ayuntamiento, que es lo que propusimos primero, lo que el Señor nos ha comunicado, será bien que digamos ahora lo que se pudiere decir, aunque no sé si es de las cosas que no se han de decir; á lo menos cierto es que, cómo ello es y cómo pasa, ninguno jamás lo supo ni pudo decir.

»Y así, sea esta la primera prueba y el argumento primero de su no medida grandeza, que nunca cupo en lengua humana, y que el que lo prueba le calla mas,

y que su experiencia enmudece la habla, y que tiene tanto de bien que sentir, que ocupa el alma toda su fuerza en sentirlo, sin dejar ninguna parte della libre para hacer otra cosa; de donde la Sagrada Escritura, en una parte adonde trata de aqueste gozo y deleite, le llama maná escondido, y en otra, nombre nuevo que no lo sabe leer sino aquel solo que lo recibe, y en otra, introduciendo como en imagen una figura de aquestos abrazos, venido á este punto de declarar sus deleites dellos, hace que se desmaye y que quede muda y sin sentido la esposa que lo representa; porque, así como en el desmayo se recoge el vigor del alma á lo secreto del cuerpo, y ni la lengua ni los ojos ni los piés ni las manos hacen su oficio, así este gozo, al punto que se derrama en el alma, con su grandeza increíble la lleva toda á sí, por manera que no le deja comunicar lo que siente á la lengua.

»Mas ¿qué necesidad hay de retraer por indicios lo que abiertamente testifican las sagradas letras y lo que por clara y llana razon se convence? David dice en su divina escritura (a): — ¡Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulzura, la que escondiste para los que te temen!—Y en otra parte: —Serán, Señor, vuestros siervos embriagados con el abundancia de los bienes de vuestra casa, y daréisles á beber del arroyo impetuoso de vuestros deleites.—Y en otra parte: —Gustad y ved cuán dulce es el Señor.—Y en otra: —Un río de avenida baña con deleite la ciudad de Dios, y voz de salud y alegría suena en las moradas de los justos, y bienaventurado es el pueblo que sabe qué es jubilación.—Y finalmente, Isaías (b): —Ni los ojos lo vieron, ni lo oyeron los oídos, ni pudo caber en humano corazón lo que Dios tiene aparejado para los que esperan en él.—Y conviene que, como aquí se dice así, sea por necesaria razon y tan clara, que se tocara con las manos si primero entendiéremos qué es y cómo se hace aquesto que llamamos deleite; porque deleite es un sentimiento y movimiento dulce, que acompaña y como remata todas aquellas obras en que nuestras potencias y fuerzas, conforme á sus naturalezas ó á sus deseos, sin impedimento ni estorbo se emplean; porque todas las veces que obramos así, por el medio de aquestas obras alcanzamos alguna cosa, que, ó por naturaleza ó por disposición y costumbre, ó por elección y juicio nuestro, nos es conveniente y amable. Y como cuando no se posee y se conoce algun bien, la ausencia del causa en el corazón una agonía y deseo, así es necesario decir que, por el contrario, cuando se posee y se tiene, la presencia del en nosotros y el estar ayuntado y como abrazado con nuestro apetito y sentidos, conociéndolo nosotros así, los halaga y regala; por manera que el deleite es un movimiento dulce del apetito.

»Y la causa del deleite son, lo primero, la presencia, y como si dijésemos el abrazo del bien deseado, al cual abrazo se viene por medio de alguna obra conveniente que hacemos, y es como si dijésemos el tercero desta concordia, ó por mejor decir, el que la saborea y sazona el conocimiento y el sentido della; porque á quien no siente ni conoce el bien que posee, ni si lo posee,

(a) Psalm. 30, 55, 45, 106, 98. (b) Esai., 64, ff., v. 4.

no le puede ser el bien ni deleitoso ni apacible. Pues esto presupuesto de aquesta manera, vamos agora mirando estas fuentes de donde mana el deleite, y examinando á cada una dellas por sí, que, adonde quiera que las descubriéremos mas, y en todas aquellas cosas adonde halláremos mayores y mas abundantes mineros del, en aquellas cosas sin duda el deleite dellas será de mayores quilates. Es pues necesario para el deleite, y como fuente suya, de donde nace, lo primero, el conocimiento y sentido; lo segundo, la obra, por medio de la cual se alcanza el bien deseado; lo tercero, ese mismo bien; lo cuarto y lo último, su presencia y ayuntamiento del con el alma. Y digamos del conocimiento primero, y despues dirémos de lo demás por su orden.

»El conocimiento, cuanto fuere mas vivo, tanto cuanto es de su parte será causa de mas vivo y mas acendrado deleite; porque, por la razon que no pueden gozar del todas aquellas cosas que no tienen sentido, por esa misma se convence que las que le tienen, cuanto mas del tuvieren, tanto sentirán la dulzura mas, conforme á como la experiencia lo demuestra en los animales, que en la manera que á cada uno dellos, conforme á su naturaleza y especie, ó mas ó menos se les comunica el sentido, así ó mas ó menos les es deleitable y gusto el bien que poseen; y cuanto en cada una orden dellos está la fuerza del sentido mas bota, tanto cuanto se deleitan es menor su deleite; y no solamente se ve esto entre las cosas que son diferentes, comparándolas entre sí mismas, mas en un linaje mismo de cosas y en los particulares que en sí contiene se ve; porque los hombres, los que son de mas buen sentido, gustan mas del deleite, y en un hombre solo, si ó por acaso ó por enfermedad tiene amortecido el sentido del tacto en la mano, aunque la tenga fria y la allegue á la lumbre, no le hará gusto el calor; y como se fuere en ella por medio de la medicina ó por otra alguna manera despertando el sentir, así por los mismos pasos y por la medida misma crecerá en ella el poder gozar del deleite. Por donde, si esto es así, ¿quién no sabe ya cuán mas subido y agudo sentido es aquel con que se comprehenden y sienten los gozos de la virtud que no aquel de quien nacen los deleites del cuerpo? Porque el uno es conocimiento de razon, y el otro es sentido de carne; el uno penetra hasta lo último de las cosas que conoce, el otro para en la sobrehaz de lo que siente; el uno es sentir bruto y de aldea, el otro es entender espiritual y de alma; y conforme á esta diferencia y ventaja, así son diferentes y se aventajan entre sí los deleites que hacen.

»Porque el deleite que nace del conocer del sentido es deleite ligero ó como sombra de deleite, y que tiene del como una vislumbre ó sobrehaz solamente, y es tosco y aldeano deleite; mas el que nos viene del entendimiento y razon es vivo gozo y macizo gozo, y gozo de substancia y verdad; y así como se prueba la grande substancia de aquestos deleites del alma por la viveza del entendimiento que los siente y conoce, así tambien se ve su nobleza por el metal de la obra que nos ayunta al bien de do nacen; porque las obras por cuya mano metemos á Dios en nuestra casa, que, puesto en ella, la hinche de gozo, son el contemplarle y el

amarle y el ocupar en él nuestro pensamiento y deseo, con todo lo demás que es santidad y virtud; las cuales obras ellas en sí mismas son por una parte tan propias de aquello que en nosotros verdaderamente es ser hombre, y por otra tan nobles en sí, que ellas mismas por sí, dejado aparte el bien que nos traen, que es Dios, deleitan al alma, que con sola su posesion dellas se perficiona y se goza; como, al revés, todas las obras que el cuerpo hace, por donde consigue aquello con que se deleita el sentido, sean obras ó no propias del hombre, ó así toscas y viles, que nadie las estimaria ni se alegraria con ellas por sí solas, si ó la necesidad pura ó la costumbre dañada no le forzase. Así que, en lo bueno, antes que ello deleite hay deleite, y eso mismo que va en busca del bien y que lo halla y le echa las manos, es ello en sí bien que deleita, y por un gozo se camina á otro gozo; por el contrario de lo que acontece en el deleite del cuerpo, donde los principios son intolerable trabajo, los fines, enfado y hastío, los frutos, dolor y arrepentimiento.

»Mas cuando acerca desto faltase todo lo que hasta agora se ha dicho, para conocer que es verdad basta la ventaja sola que hace el bien de donde nacen estos espirituales deleites, á los demás bienes que son cebo de los sentidos. Porque si la pintura hermosa presente á la vista deleita los ojos, y si los oídos se alegran con la suave armonía, y si el bien que hay en lo dulce ó en lo sabroso ó en lo blando causa contentamiento en el tacto, y si otras cosas menores y menos dignas de ser nombradas pueden dar gusto al sentido, injuria será que se hace á Dios poner en cuestion si deleita ó qué tanto deleita al alma que se abraza con él. Bien lo sentia esto aquel que decia (a): — ¿Qué hay para mí en el cielo? y fuera de vos, Señor, ¿qué puedo desear en la tierra?— Porque si miramos lo que, Señor, sois en vos, sois un océano infinito de bien, y el mayor de los que por acá se conocen y entienden es una pequeña gota comparado con vos, y es como una sombra vuestra oscura y ligera. Y si miramos lo que para nosotros sois y en nuestro respeto, sois el deseo del alma, el único paradero de nuestra vida, el propio y solo bien nuestro, para cuya posesion somos criados y en quien solo hallamos descanso, y á quien, aun sin conocerlos, buscamos en todo cuanto hacemos. Que á los bienes del cuerpo, y cuasi á todos los demás bienes que el hombre apetece, apetécelos como á medios para conseguir algun fin, y como á remedios y medicinas de alguna falta ó enfermedad que padece; busca el manjar porque le atormenta la hambre, allega riquezas por salir de pobreza; sigue el son dulce, y vase en pos de lo proporcionado y hermoso, porque sin esto padecen mengua el oído y la vista.

»Y por esta razon los deleites que nos dan estos bienes son deleites menguados y no puros, lo uno porque se fundan en mengua y en necesidad y tristeza, y lo otro porque no duran mas de lo que ella dura, por donde siempre la traen junto á sí y como mezclada consigo. Porque si no hubiese hambre no seria deleite el comer, y en faltando ella falta él juntamente. Y así, no tienen mas bien de cuanto dura el mal para cuyo re-

(a) Psalm. 72, v. 25.

medio se ordenan. Y por la misma razón no puede entregarse ninguno de ellos sin rienda, antes es necesario que los use el que dellos usar quisiere, con tasa, si le han de ser, conforme á como se nombran, deleites; porque lo son hasta llegar á un punto cierto, y en pasando del no lo son. Mas vos, Señor, sois todo el bien nuestro y nuestro soberano fin verdadero; y aunque sois el remedio de nuestras necesidades, y aunque haceis llenos todos nuestros vacíos, para que os ame el alma mucho mas que á sí misma no le es necesario que padezca mengua, que vos, por vos, mereceis todo lo que es el querer y el amor. Y cuanto el que os amare, Señor, estuviere mas rico y mas abastado de vos, tanto os amará con mas veras. Y así como vos en vos no teneis fin ni medida, así el deleite que nace de vos en el alma que consigo os abraza dichosa, es deleite que no tiene fin, y que cuanto mas crece es mas dulce, y deleite en quien el deseo, sin recelo de caer en hartura, puede alargar la rienda cuanto quisiere; porque, como testificáis de vos mismo (a): — Quien bebiere de vuestra dulzura, cuanto mas bebiere, tendrá della mas sed. —

Y por esta misma razón, si, Juliano, no os desagrada, y segun que agora á la imaginación se me ofrece, en la Sagrada Escritura aqueste deleite que Dios en los suyos produce es llamado con nombre de avenida y de río, como cuando el salmista decia que da de beber Dios á los suyos un río de deleite grandísimo. Porque en decirlo así, no solamente quiere decir que les dará Dios á los suyos grande abundancia de gozo, sino tambien nos dice y declara que ni tiene límite aqueste gozo, ni menos es gozo que hasta un cierto punto es sabroso, y pasado del no lo es, ni es, como lo son los deleites que vemos, agua encerrada en un vaso, que tiene su hondo, y que fuera de aquellos términos con que cerca, no hay agua, y que se agota y se acaba bebiéndola; sino que es agua en río, que corre siempre y que no se agota bebida, y que por mas que se beba, siempre viene fresca á la boca, sin poder jamás llegar á algun paso adonde no haya agua; esto es, adonde aquel dulzor no lo sea. De manera que, por razón de ser Dios infinito y bien que sobrepaja sin ninguna comparación á todos los bienes, se entiendo que en el alma que le posee, el deleite que hace es entre todos los deleites el mayor deleite, y por razón de ser nuestro último fin, se convence que jamás aqueste deleite da en cara. Y si esto es por ser Dios quien es, ¿qué será por razón del querer que nos tiene, y por el estrecho nudo de amor con que con los suyos se enlaza? Que si el bien presente y poseído deleita, cuanto mas presente y mas ayuntado estuviere, sin ninguna duda deleitará mas.

»Pues ¿quién podrá decir la estrechez no comparable de aqueste ayuntamiento de Dios? No quiero decir lo que agora he ya dicho, repitiendo las muchas y diversas maneras como se ayunta Dios con nuestros cuerpos y almas; mas digo que cuando estamos mas metidos en la posesión de los bienes del cuerpo y somos hechos mas dellos señores, toda aquella unión y estrechez es una cosa floja y como desatada en comparación deste lazo. Porque el sentido y lo que se junta

(a) Eccles., 24, v. 29.

con el sentido solamente se tocan en los accidentes de fuera, que ni veo sino colorado, ni oigo sino el retintín del sonido, ni gusto sino lo dulce ó amargo, ni percibo tocando sino es la aspereza ó blandura; mas Dios abrazado con nuestra alma penetra por ella toda y se lanza á sí mismo por todos sus apartados secretos, hasta ayuntarse con su mas íntimo ser, adonde hecho como alma della y enlazado con ella, la abraza estrechísimamente. Por cuya causa en muchos lugares la Escritura dice que mora Dios en el medio del corazón. Y David en el salmo (b) le compara al aceite, que puesto en la cabeza del sacerdote, viene al cuello y se extiende á la barba, y descende corriendo por las vestiduras todas hasta los pies. Y en el libro de la *Sabiduría* (c) por aquesta misma razón es comparado Dios á la niebla, que por todo penetra. Y no solamente se ayunta mucho Dios con el alma, sino ayúntase todo, y no todo sucediéndose unas partes á otras, sino todo junto y como de un golpe, y sin esperarse lo uno á lo otro; lo que es al revés en el cuerpo, á quien sus bienes, los que él llama bienes, se le allegan de espacio y repartidamente, y sucediéndose unas partes á otras, agora una, y despues desta otra, y cuando goza de la segunda, ha perdido ya la primera. Y como se reparten y se dividen aquellos, ni mas ni menos se corrompen y acaban, y cuales ellos son, tal es el deleite que hacen; deleite como exprimido por fuerza y como regateado y como dado blanca á blanca con escasez, y deleite al fin que vuela ligerísimo y que desvanece como humo y se acaba; mas el deleite que hace Dios viene junto y persevera junto y estable, y es como un todo no divisible, presente siempre todo á sí mismo; y por eso dice la Escritura en el salmo, que deleita Dios con río y con ímpetu á los vecinos de su ciudad; no gota á gota, sino con todo el ímpetu del río así junto.

»De todo lo cual se concluye, no solamente que hay deleite en este desposorio y ayuntamiento del alma y de Dios, sino que es un deleite que por donde quiera que se mire, vence á cualquier otro deleite. Porque, ni se mezcla con necesidad, ni se agota con tristeza, ni se da por partes, ni se corrompe en un punto, ni nace de bienes pequeños ni de abrazos tibios ó flojos, ni es deleite toscó ó que se siente á la ligera, como es toscó y superficial el sentido, sino divino bien y gozo íntimo, y deleite abundante y alegría no contaminada, que baña el alma toda, y la embriaga y anega por tal manera, que cómo ello es no se puede declarar por ninguna. Y así, la Escritura divina cuando nos quiere ofrecer alguna como imagen de aqueste deleite, porque no hay una que se le asemeje del todo, usa de muchas semejanzas ó imágenes. Que unas veces, como antes de agora decíamos, le llama *maná escondido*. Maná, porque es deleite dulcísimo, y dulcísimo no de una sola manera ni sabroso con un solo sabor, sino como del maná se escribe en la *Sabiduría* (d), — hecho al gusto del deseo y lleno de innumerables sabores. — Maná escondido, porque está secreto en el alma y porque, sino es quien lo gusta, ninguno otro entiendo bien lo que es. Otras veces le llama *apostento de vino*, como en el libro de los *Cantares*, y otras el vino mismo, y otras li-

(b) Psalm. 132, v. 2. (c) Eccles., 24, v. 6. (d) Sapient., 16, v. 20.

cuor mejor mucho que el vino. Apostento de vino, como quien dice amontonamiento y tesoro de todo lo que es alegría. Mas que el vino; porque ninguna alegría ni todas juntas se igualan con esta.

»Otras veces nos le figura, como en el mismo libro, por nombre de pechos; porque no son los pechos tan dulces ni tan sabrosos al niño, como los deleites de Dios son deleitables á aquel que los gusta. Y porque no son deleites que dañan la vida ó que debilitan las fuerzas del cuerpo, sino deleites que alimentan el espíritu y le hacen que crezca, y deleites por cuyo medio comunica Dios al alma la virtud de su sangre hecha leche, esto es, por manera sabrosa y dulce. Otras veces son dichos mesa y banquete, como por Salomon y David, para significar su abundancia y la grandeza y variedad de sus gustos, y la confianza y el descanso, y el regocijo y la seguridad y esperanzas ricas que ponen en el alma del hombre. Otras los nombra sueño, porque se repara en ellos el espíritu de cuanto padece, y lacera en la continua contradicción que la carne y el demonio le hace. Otras los compara á guija ó á pedrecilla pequeña y blanca, y escrita de un nombre que solo el que le tiene le lee; porque, así como, segun la costumbre antigua, en las causas criminales, cuando echaba el juez una piedra blanca en el cántaro era dar vida, y como los días buenos y de sucesos alegres los antiguos los contaban con pedruzuelas de aquesta manera, asimismo el deleite que da Dios á los suyos es como una prenda sensible de su amistad y como una sentencia que nos absuelve de su ira, que por nuestra culpa nos condenaba al dolor y á la muerte, y es voz de vida en nuestra alma, y día de regocijo para nuestro espíritu, y de suceso bienaventurado y feliz.

»Y finalmente, otras veces significa aquestos deleites con nombre de embriaguez y desmayo y de enajenamiento de sí, porque ocupan toda el alma, que con el gusto dellos se meterán adelante en los abrazos y sentimientos de Dios, que desfallece al cuerpo y cuasi no comunica con él su sentido, y dice y hace cosas el hombre que parecen fuera de toda naturaleza y razón. Y á la verdad, Juliano, de las señales que podemos tener de la grandeza destes deleites los que deseamos conocerlos y no merecemos tener su experiencia, una de las mas señaladas y ciertas es el ver los efectos y las obras maravillosas y fuera de toda orden comun que hacen en aquellos que exprimen tan su gusto. Porque, si no fuera dulcísimo incomparablemente el deleite que halla el bueno con Dios, ¿cómo hubiera sido posible ó á los mártires padecer los tormentos que padecieron, ó á los ermitaños durar en los yerros por tan luengos años en la vida que todos sabemos? Por manera que la grandeza no medida deste dulzor, y la violencia dulce con que enajena y roba para sí toda el alma, fué quien sacó á la soledad á los hombres y los apartó de cuasi todo aquello que es necesario al vivir, y fué quien los mantuvo con yerbas y sin comer muchos días, desnudos al frío y descubiertos al calor, y sujetos á todas las injurias del cielo. Y fué quien hizo fácil y hacedero y usado lo que parecia en ninguna manera posible. Y no pudo tanto ni la naturaleza con sus necesidades ni la tiranía y crueldad con sus no oidas

cruezas, para retraerlos del bien, que no pudiese mucho mas para detenerlos en él aqueste deleite y todo aquel dolor que pudo hacer el artificio y el cielo; la naturaleza y el arte, el ánimo encrudelecido y la ley natural poderosa fué mucho menor que este gozo. Con el cual esforzada el alma, y cebada y levantada sobre sí misma, y hecha superior sobre todas las cosas, llevando su cuerpo tras sí, le dió que no pareciese ser cuerpo.

»Y si quisiésemos agora contar por menudo los ejemplos particulares y extraños que desto tenemos, primero que la historia se acabaria la vida; y así, baste por todos uno, y este sea el que es la imagen comun de todos, que el Espíritu Santo nos dibujó en el libro de los *Cantares*, para que por las palabras y acontecimientos que conocemos, veamos como en idea todo lo que hace Dios con sus escogidos. Porque ¿qué es lo que no hace la esposa allí para encarecer aqueste su deleite, que siente, ó lo que el esposo no dice para este mismo propósito? No hay palabra blanda, ni dulzura regalada, ni requiebro amoroso, ni encarecimiento dulce de cuantos en el amor jamás se dijeron ó se pueden decir, que, ó no lo diga allí ó no lo oiga la esposa, y si por palabras ó por demostraciones exteriores se puede declarar el deleite del alma, todas las que significan un deleite grandísimo, todas ellas se dicen y hacen allí; y comenzando de menores principios, van siempre subiendo y esforzándose siempre mas el soplo de gozo; al fin, las velas llenas, navega el alma justa por un mar de dulzor y viene á la fin á abrasarse en llamas de dulcísimo fuego por parte de las secretas centellas que recibió al principio en sí misma. Y acontécele cuanto á este propósito al alma con Dios, como al madero no bien seco cuando se le avecina el fuego le aviene. El cual, así como se va calentando del fuego y recibiendo en sí su calor, así se va haciendo sugeto apto y dispuesto para recibir mas calor, y lo recibe de hecho. Con el cual calentado, comienza primero á despedir humo de sí y á dar de cuando en cuando algun estallido, y corren algunas veces gotas de agua por él, y procediendo en esta contienda y tomando por momentos el fuego en él mayor fuerza, el humo que salia se enciende de improviso en llama, que luego se acaba, y dende á poco se torna á encender otra vez y á apagarse tambien; y así hace la tercera y la cuarta, hasta que al fin el fuego, ya lanzado en lo íntimo del madero y hecho señor de todo él, sale todo junto y por todas partes afuera, levantando sus llamas, las cuales prestas y poderosas y á la redonda bulliendo, hacen parecer un fuego el madero.

»Y por la misma manera, cuando Dios se avecina al alma y se junta con ella y le comienza á comunicar su dulzura, ella, así como la va gustando, así la va deseando mas, y con el deseo se hace á sí misma mas hábil para gustarla, y luego la gusta mas; y así, creciendo en ella aqueste deleite por puntos, al principio la estremece toda, y luego la comienza á ablandar; y suenan de rato en rato unos tiernos suspiros, y corren por las mejillas á veces y sin sentir algunas dulcísimas lágrimas, y procediendo adelante, enciéndose de improviso como una llama compuesta de luz y de amor, y luego desaparece volando, y torna á repetirse el suspiro, y torna á lucir y á cesar otro no sé qué resplan-